

remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dixo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento. Mándote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mándote digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quixote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

IBA el vencido y asendereado Don Quixote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dixo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es

otro, sino firmar una cedula de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tu tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia

propia mano, pues tienes dineros míos. Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dixo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced, quanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tien-to á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y ven-gamos á los tres mil y trecientos, que á quartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta

medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas, ... y no digo mas. ¡Ó Sancho bendito! ¡Ó Sancho amable! respondió Don Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Quando? replicó Sancho: esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmen-

te se entraron entre unos amenos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde dexandó vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro y de la xáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quixota, que le vió ir con denuedo y con brio, le dixo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguar-den á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado, y porque no pierdas por carta de mas ni de ménos, yo estaré desde á parte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera, que sin matarme me due-la, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quixo-

te á contar los azotes. Hasta seis, ó ocho se habria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dixo á su amo, que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dixo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dexó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por agora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de

decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco y dexeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas habrémos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: aquí morirá Sanson y quantos con él son. Acudió Don Quixote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corbacho (1) á Sancho, le dixo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida que ha de servir para sustentar á tu muger y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas

(1) Rebenque, ú azote.

nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su feruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hizolo así Don Quixote, y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el qual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volviéron á proseguir su camino, á quien diéron fin por entónces en un Lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quixote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le venciéron, con mas juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baxa, á quien servían de gadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, quando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que

por el mar sobre una fragata ó bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote dixo: estas dos señoras fuéron desdichadísimas, por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado, en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París, se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon (1), venta, ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado á es-

(1) Esta voz es general segun el ventero Juan Fernandez que decía: *mi muger es gran guisandera y por extremo limpia, requisitos que la alentaron para elegir lo que en Sevilla llaman gula, en Madrid estado, y en todo el mundo bodegon.* (El doctor Suarez de Figueroa en su *Pasagero*: fol. 242, b.)

Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que quando le preguntaban que pintaba, respondia: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debaxo: *este es gallo*, porque no pensasen que era zorra (1). Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la

(1) De la suma impericia de este pintor quiso tomar acaso Cervantes ocasion de indicar la decadencia que padecia en su tiempo la Pintura, que era tal, que obligó á los profesores de ella á presentar el año de 1619, á Felipe III, un memorial, pidiendo que vista la temeraria ignorancia, introducida en España, de que pinten tantos sin saber los principios primitivos del arte, atendiendo solo á una vil ganancia, se dignase S. M. de establecer en la Corte una academia de Pintura, como la habia de Matemáticas, de donde entre otras ventajas resultaria la de escusar S. M. de enviar á reynos estraños por artifices, como se hizo para el Escorial, á mucha costa é incomodidad, y no mucha autoridad del reyno. Imprimióse este memorial, y se halla entre los mss. de la Real Biblioteca: *est. H. cod. 52, pag. 272*. Contiene los estatutos: nómbrase un protector ó presidente: señalanse officios, juntas particulares, y otras generales para examinar los progresos de los discipulos; pero este establecimiento parece no tuvo efecto entonces. Por otra parte los buenos modelos y excelentes originales, que podian contribuir para remediar esta ignorancia, se sacaban de España. El año de 1623 se restituyó á Londres el Principe de Gales (que habia venido á Madrid

historia deste nuevo Don Quixote que ha salido (1), que pintó, ó escribió lo que saliere, ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente á quanto le preguntaban, y preguntándole uno: que queria decir *Deum de Deo*? respondió: dé donde diere (2). Pero dexando esto á parte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, siy

á tratar su casamiento con la Infanta Doña Maria, hija de Felipe IV, y despues reynó en Inglaterra poco felizmente con el nombre de Carlos I.) y en una carta que se imprimió entonces sobre este y otros sucesos públicos se dice: *Entre los regalos, que le ha hecho el Rey, son las pinturas de la Venus del Ticiano, y de Nuestra Señora de Corregio; porque Su Alteza es gran estimador de este Arte; y así no dexó ni en la almoneda del conde de Villamediana, ni en la Corte cosa de estima que no la llevase.* (Biblioteca Real: *est. H. cod. 70, fol. 301.*)

(1) Publicada por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda.

(2) De este poeta y de su dicho habló tambien Cervantes en la novela ó *Coloquio de los Perros*, por estas palabras: *respondere* (dixo Berganza) *lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y academico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir Deum de Deo: y respondió que: dé donde diere.* De esta academia de los Imitadores, ó *Imitatoria* (llamada así, por imitacion á las de Italia) dice Juan Rufo en sus *Apo-tegmas: fol. 1*, que se fundó en Madrid, por los años

quieres que sea debaxo de techado, ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayndan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió don Quixote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el páxaro en la mano que el buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no

de 1586, segun se puede conjeturar, en casa de un caballero, gran poeta, y que acudien á ella los primeros Ingenios de la Corte. Acaso asistió á ella Cervantes.

intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé que mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere, y con esto cesó por entónces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De como Don Quixote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel Lugar y meson Don Quixote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el qual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó quatro criados, uno de los quales dixo al que el señor dellos parecia: aquí puede

vuesa merced, señor Don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto Don Quixote (n), le dixo á Sancho: mira, Sancho, quando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Álvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dexémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quixote la huésped le dió una sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de Don Quixote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el qual se paseaba Don Quixote, le preguntó: ¿adonde bueno camina vuesa merced, señor gentil-hombre? Y Don Quixote le respondió: á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced ¿donde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó Don Quixote: pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamen-

te podré decir. Mi nombre es Don Álvaro Tarfe, respondió el huésped. Á lo que replicó Don Quixote: sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel Don Álvaro Tarfe, que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mesmo soy, respondió él caballero, y el tal Don Quixote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad, en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido (1). Y dígame vuesa merced, señor Don Álvaro: ¿parezco yo en algo á ese tal Don

(1) La libertad de la carcel y de los azotes de Don Quixote, debida á Don Alvaro, se refiere en los cap. 8. 9 y 26, de la Historia de Avellaneda: en el 34, añade el mismo Don Alvaro que tenia escrupulo de haber sido causa de que (Don Quixote) saliese de Argamasilla para Zaragoza, por haberle dado parte de las Justas que allí se hacian, y haberle dexado las armas.

Quixote que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese Don Quixote, dixo el nuestro, ¿traia consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Si traia, respondió Don Álvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dixo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias, no es para todos, y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe desear algún grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á quantos me escuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas (1),

(1) Esto es, el matador de amores.

el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote y qualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió Don Álvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en quatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenia de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda, que los encantadores que persiguen á Don Quixote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quixote el malo. Pero no sé que me diga, que osaré yo jurar que le dexo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sé si soy bueno; pero sé decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Álvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, ántes, por haberme dicho que ese Don Quixote fantástico se habia hallado en las jus-

tas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor Don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mesmo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde deste Lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quixote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes y dos Sanchos á un mes-

mo

mo tiempo, tan conformes en los nonbres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea (s) del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dixo Don Álvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria, si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote y Don Álvaro. Entró acaso el Alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una peticion, de que á su derecho convenia, de que Don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced, como no conocia á Don Quixote de la Mancha, que asimesmo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un

tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente el Alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse, con lo que quedáron Don Quixote y Sancho muy alegres; como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasáron entre Don Álvaro y Don Quixote, en las cuales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo que desengañó á Don Álvaro (r) Tarfe del error en que estaba, el qual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la manó dos tan contrarios Don Quixotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel Lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quixote, y el otro el que habia de llevar Don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á Don Álvaro, el qual abrazando á Don Quixote y á Sancho, siguió su

camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló que, con los de la noche pasada, eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volviéron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Álvaro, y de quan bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche camináron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué, que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las pro-

mesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su aldea, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dixo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sí mesmo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desear se puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déxate desas sandeces, dixo Don Quixote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro Lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta y se fuéron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quixote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A LA entrada del qual (1), segun dice Cide Hamete, vió Don Quixote que en las eras del Lugar estaban riñiendo dos mochachos, y el uno dixo al otro: no te canesses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien; que importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? Que? replicó Don Quixote; no ves tú,

(1) Este relativo se refiere á la palabra *pueblo*, con que finaliza el capítulo antecedente, salvando el epigrafe del siguiente.